

Domingo IV de Cuaresma

Ciclo C

“Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido”

Lucas 15, 1.11-32



Josué 5, 9a.10-12 • “El pueblo de Dios, tras entrar en la tierra prometida, celebra la Pascua”

Salmo 33 • “Gustad y ved qué bueno es el Señor”

2 Corintios 5,17-21 • “Dios nos reconcilió consigo por medio de Cristo”

Lucas 15, 1.11-32 • “Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido”

Reflexión y oración

- Le pido a Dios que me ilumine y me haga comprender lo que quiere manifestarme por medio de esta parábola.
- Como tantas veces se nos ha dicho, el Padre es Dios y los hijos somos nosotros.
- Contemplo el amor inmenso del padre, de Dios, que se manifiesta en el relato de la parábola.
- Contemplo el desamor de los hijos: con el padre y entre ellos.
- ¿Veo que mi vida, en algún momento, se ha identificado con el comportamiento del padre o con uno de los hijos?
- Doy gracias a Dios por su manera de ser.
- Le pido que me ayude a experimentar su amor gratuito.
- Llamadas.
- Oro lo contemplado

Notas para fijarnos en el Evangelio



- Hay quien dice de esta parábola que es el corazón del Evangelio de Lucas.
- A esta parábola se la denomina: “La parábola del hijo pródigo”. Pero Joachim Jeremías empezó llamándola: PARÁBOLA DEL AMOR DEL PADRE y no parábola del hijo pródigo.
- De hecho el verdadero protagonista es el padre, palabra que aparece nombrada trece veces.
- El padre de la parábola quiere manifestar el amor de Dios Padre. Aquí aparece una expresión que a veces también los evangelistas aplican a Jesús: “Se le conmovieron las entrañas” (20).
- Hay que destacar la alegría que experimenta el padre por el retorno del hijo, como en las otras parábolas de la moneda (15,3) y de la oveja perdida (15,8).
- Esta parábola es la respuesta que Jesús da a los que criticaban su comportamiento por su proximidad con los pecadores. Jesús les dice que su actuación está en consonancia con la manera de ser de Dios.
- Si nos fijamos a la hora de la verdad, el origen del regreso del hijo a casa de su padre es el hambre (17), no el arrepentimiento de lo que había hecho, de ahí que el contraste con la reacción del padre es todavía más grande.
- En la parábola aparecen los dos hijos contrapuestos uno y otro a la manera de actuar el padre. Tanto el uno como el otro actúan de forma totalmente diferente al padre que se deja llevar por el amor gratuito.
- Si nos detenemos en el comportamiento del padre observamos que el padre sale al encuentro del hijo que regresa (20), lo besa, lo abraza y no deja que el hijo le muestre postrado con sus palabras su arrepentimiento (21). Al instante trata de rehabilitar la dignidad del hijo que ha regresado dándole el lugar de hijo que había despreciado, no de criado que es lo que pretendía el hijo: con las sandalias le devuelve la libertad y con el anillo la autoridad. (22) Y para postre organiza una gran fiesta (23): porque aquel hijo “estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado” (24.31).

Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido

Señor Jesús,
gracias por decirnos cosas tan bonitas
y tan beneficiosas como las que hoy
nos has mostrado.

¡Que reconfortante es contemplar
la imagen de Dios Padre
que hoy nos ofrece la Palabra!

Quiero y necesito detenerme
en la descripción que me ofrece
la manera de ser de Dios
para admirarla y para pedirle que me la apropie,
que la haga mía, que me parezca.

Señor Jesús,
me llama la atención ver al padre
que no recrimina en nada la actuación del hijo.
Como si lo pasado no existiera, para él.
Para el padre solo cuenta el presente.
Sólo cuenta el regreso del hijo que se había ido.

Veo también que para el padre el hijo,
haga lo que haga,
siempre es el hijo y como a tal lo trata.

También observo el interés del padre
en rehabilitar lo antes posible la dignidad del hijo.

Observo que el padre busca aproximar
a los hermanos, construir la fraternidad.

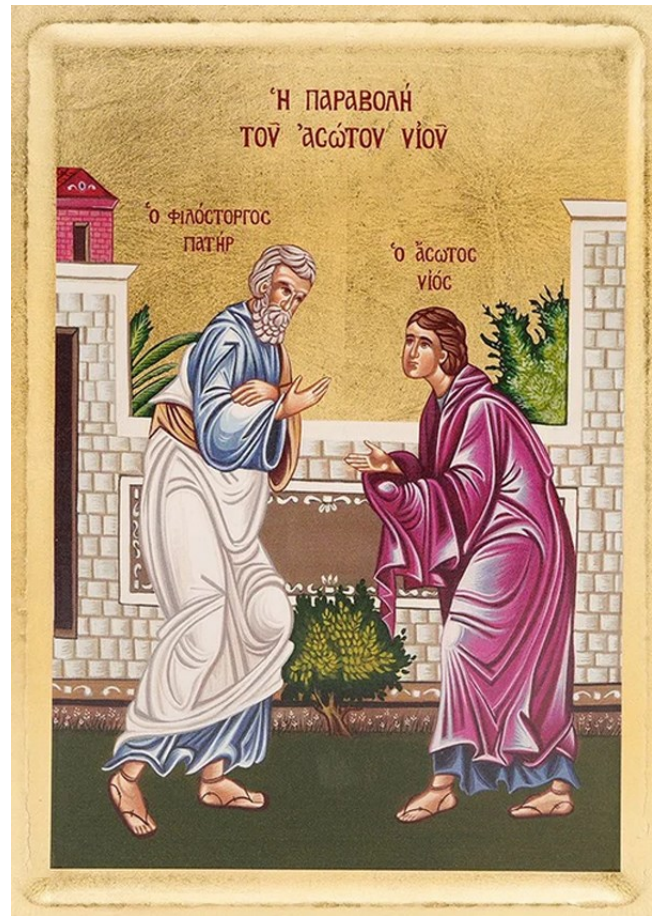
Y todo ello en un ambiente de fiesta.

¡Cuántas enseñanzas me ofreces, Señor Jesús,
para mi vida por medio de esta parábola!

En contraposición observo las actitudes de los hijos:
uno se marcha de casa, y desprecia a la familia
y el otro no reconoce en el hermano
que ha regresado a su propio hermano,
sólo lo ve como hijo de su padre
pero no como hermano suyo.

El menor malgasta la herencia
y desprecia el amor del padre y del hermano.

Al mayor le duele el dinero
que ha malgastado su hermano
y el gasto que hace su padre con la fiesta
por el regreso del hijo.



El mayor cuenta, compara, mide.
El padre, por el contrario, todo es generosidad.

Señor Jesús,
en esta parábola reflejas la forma de actuar
de Dios Padre con nosotros,
siempre amando y perdonando.

Gracias, Jesús, por esta imagen tan reconfortante
de Dios Padre que nos ofrece esta parábola

Gracias, Jesús,
porque por medio de esta lectura
nos pones delante del espejo
y nos dices cómo somos, a veces, nosotros,
cómo nos comportamos con Dios y con los demás.

Ayúdame, Señor Jesús,
a descubrir el verdadero rostro de Dios-Padre
y nuestra manera de comportarnos
unos con otros.



VER

Debido a la celebración del Jubileo “Peregrinos de esperanza”, muchas personas han preguntado cómo ‘ganar la indulgencia’. Éste es un término que, durante siglos y hasta hace poco tiempo, ha sido mal explicado y comprendido. En general se entiende como una especie de ‘perdón fácil’, una ‘transacción comercial’ mediante la cual una persona hace unas prácticas religiosas o entrega una cantidad de dinero a cambio de ‘librarse’ de las penas derivadas de los pecados cometidos.



JUZGAR

Pero este año jubilar nos enseña qué es realmente la indulgencia. En primer lugar, no es ‘algo que se gana’, sino que es un don de Dios, como nos dice el Papa Francisco en la Bula de convocatoria del Jubileo: «La indulgencia permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término “misericordia” era intercambiable con el de “indulgencia”, precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites». Y hoy en el Evangelio hemos escuchado la mejor expresión de esa misericordia y perdón de Dios sin límites: la parábola del padre misericordioso, en la que sus personajes, por medio de lo que hacen y dicen, nos enseñan qué es verdaderamente la indulgencia.

El hijo menor, tras el desprecio hecho a su padre (“dame la parte que me toca de la fortuna”) y el estilo de vida que ha llevado (“derrochó su fortuna viviendo perdidamente”), acaba reconociendo su pecado, aunque sea de un modo interesado (“cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre”), pero eso es suficiente para ponerse en camino “adonde estaba su padre”. La indulgencia requiere, por tanto, que nos reconozcamos realmente pecadores.

Seguidamente, confiesa su pecado: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti...” La indulgencia conlleva la confesión sacramental: «La Reconciliación sacramental representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno» (Bula). Esto a muchos les supone un obstáculo pero, como escribió el Arzobispo de Valencia en su Carta Pastoral con motivo del Jubileo: «A quienes han abandonado la práctica de este sacramento les quiero invitar a volver a él, para redescubrir el gozo de la salvación; a quienes lo viven de una forma rutinaria les animo a profundizar en su significado, a acoger la gracia de Dios que nos ayuda a intensificar la amistad con Él y a avanzar en el camino de la santidad. Soy consciente de que la mediación eclesial en la recepción del perdón es para muchos una dificultad, cuando en realidad debería ser una ayuda para una auténtica reconciliación: la humildad para reconocer y confesar nuestras faltas ante un ministro de la Iglesia nos ayuda a vivir este encuentro con Dios no con miedo».

Porque en el sacramento de la Reconciliación, por medio del ministro ordenado, vivimos lo que hizo el padre de la parábola: “Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas... se le echó al cuello y lo cubrió de besos...” «En la Reconciliación sacramental permitimos que el Señor destruya nuestros pecados, que sane nuestros corazones, que nos levante y nos abrace, que nos muestre su rostro tierno y compasivo» (Bula).

Pero, «como sabemos por experiencia personal, el pecado “deja huella”, lleva consigo unas consecuencias; no sólo exteriores, en cuanto consecuencias del mal cometido, sino también interiores. En nuestra humanidad débil y atraída por el mal, permanecen los “efectos residuales del pecado”. Éstos son removidos por la indulgencia». Tras la confesión de nuestros pecados, Dios también dice: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies...” Esto es la indulgencia: Dios nos devuelve a nuestra dignidad inicial, nos restituye como verdaderos hijos suyos, como si nunca nos hubiéramos alejado de Él. La indulgencia es el regalo, el don que Dios pone a nuestro alcance especialmente en este año jubilar, invitándonos a recorrer de forma consciente el proceso del hijo menor de la parábola, porque «un camino de conversión vivido en profundidad no puede limitarse a la celebración del sacramento de la Reconciliación; debe ser un camino de purificación que todos debemos recorrer». (Carta pastoral)



ACTUAR

¿Qué idea tengo sobre la indulgencia? ¿Me he propuesto ‘ganarla’ en este año Jubilar? ¿Las prácticas externas (oración, confesión sacramental, peregrinación, comunión de bienes...) me ayudan vivir la indulgencia como un don de Dios y una experiencia de su amor misericordioso?

Decía la 2ª lectura: “En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios”. «Las prácticas para vivir la indulgencia del año jubilar expresan la aspiración de que, no sólo nuestras obras, sino también nuestros deseos y nuestras intenciones broten de un corazón que quiere estar en la presencia del Señor en justicia y santidad. La indulgencia jubilar, expresión de la sobreabundancia del perdón y de la misericordia de Dios, es también el signo de que la gracia de Dios, además de perdonarnos, tiene poder para transformarnos interiormente» (Carta), como ocurrió con el hijo menor.